

al de Aragon la coyuntura deseada para invadir sus fronteras y dominar su reino. Dos ejércitos apercibió el Rey para esta empresa, uno en Álava, bajo la jefatura de don Fadrique de Toledo, y otro en Aragon, bajo la jefatura de su hijo bastardo don Alfonso, arzobispo de Zaragoza. El 12 de julio de 1512 penetró el duque de Alba en territorio navarro, y el 14 de igual mes, á los dos dias, cayó sobre Pamplona y se situó á su vista. Retiráronse á sus dominios franceses los reyes navarros, al Bearnés, y á los doce dias de ingresar don Fadrique de Toledo en sus dominios, ya estaba proclamado rey el conquistador feliz don Fernando de Aragon. A pesar de que la escuadra británica se hallaba en Pasajes, y don Fernando reclamaba el auxilio del rey Enrique VIII, negábaselo el inglés, «conducta que yo siento en extremo, decia el de Aragon, por la mancha que hace recaer en el serenísimo rey mi yerno, y por la gloria de la nacion inglesa tan ilustre en los tiempos pasados por sus altas y caballerosas empresas».

Tan audaz tentativa debia engendrar grandes sacudimientos. Los del Bearnés y la Gascuña se alzaron por sus legítimos hereditarios monarcas; los de Estella, Miranda y Tafalla, secundaron el terrible alzamiento de allende; puso el rey de Francia todas sus fuerzas á merced y arbitrio de los reyes navarros; tres cuerpos franceses, mandados por generales de primer orden y de régia estirpe dos de ellos, uniéronse al ejército de Albret y penetraron por las gargantas del Pirineo; Burguete cayó expugnado y su guarnicion entera pereció á filo de cuchillo degollada; Guipúzcoa se vió invadida, rotas Irun, Rentería y Hernani, cercado San Sebastian; calamidades que solo pudo contrarestar y vencer el heróico valor de nuestras heróicas tropas y el empuje de la nobleza vizcaina y guipuzcoana, las cuales combatieron con sin igual pujanza por su rey y señor, puesto que Navarra, con gran consejo y feliz acuerdo de parte del prudentísimo y sabio rey Católico, fué incorporada, no á la corona de Aragon, sino á la corona de Castilla.

Aunque decia el rey Católico, segun Zurita en sus *Anales*, al tiempo de morir por 1516 «que tenia la conciencia tan tranquila respecto á la posesion de aquel reino, como podia tenerla por la corona de Aragon», Navarra fué durante mucho tiempo objeto de requerimiento, litigio, competencia y guerra, entre los españoles y los franceses. Estaba, segun cuenta el Padre Rivadenei-

ra, el año 1521, en el castillo de Pamplona Ignacio, apretado por estrecho cerco de capitanes franceses y sin ninguna esperanza de socorro. Desalentados, pues, y exánimes casi, los españoles, de hambre y de fatiga, pusieran por obra la entrega inmediata, de no estorbarlo el noble vascongado, quien prestó á sus ánimos coraje para que resistiesen al francés hasta la muerte.

No aflojaban por estas resistencias los sitiadores, y no cedian á tantos ataques los sitiados. Levantadas numerosas y fuertes líneas de combate por un continuo trabajo reforzadas, despedia el cañon francés la muerte sobre la fortaleza española. Pero los españoles no se daban punto de reposo en esto de defenderse; y aguerridos por sus propias desgracias, iban con diligencia do quier les llamaban con imperio sus militares deberes. Distinguíase naturalmente, sobre todos y entre todos, aquel mancebo de veintinueve años escasos, conocido con el sobrenombre de Loyola, y que crecido y criado en la corte, mas apercibia su persona ciertamente al duro vivir de los guerreros que al muelle y blando de los serviles cortesanos. En virtud de tal índole militar estaba durante aquel cerco Ignacio á un mismo tiempo en todas partes. La vigilia le habia quitado hasta la necesidad del sueño, la escasez y los ayunos hasta la necesidad del alimento, la fatiga hasta la necesidad del descanso, la guerra eterna hasta la necesidad de esa paz tan atractiva y dulce al humano ánimo. Sucedió, pues, un dia, que los franceses apretaban la fortaleza por la parte donde Ignacio se hallaba, en cumplimiento de sus deberes apostado, cuando una bala, venida de una de las piezas del sitio, le dió en la pierna derecha de tal suerte que, segun dice su biógrafo mas leido, se la dejarretó y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y no paró en esto su malaventura, pues arrancada una piedra del muro mismo donde tan heróicamente peleaba, le hirió malamente la pierna izquierda, dejándole ambas heridas maltrecho y postrado, en términos que parecia ya en trance próximo y seguro de muerte. Mucha debia ser por causa de su personal valor y coraje la influencia de Ignacio en sus compañeros de armas, cuando herido él que los esforzaba con su ejemplo, desmayaron todos á una, y desconfiados del logro de su defensa, se dieron á los franceses, no sin haber vendido bien caras de antemano su rendicion y su derrota.

Apreciando los enemigos en todo cuanto valia la virtud militar de los ven-

cidos, que nadie como ellos habia probado, recogieron á Ignacio en sus reales, y enterados de su alcurnia por las noticias recibidas, cual de su valor por las llagas en su cuerpo abiertas se habian enterado, movidos de compasion, le recogieron con cuidado y lo curaron con caridad. Varios dias estuvo entre la vida y la muerte; pero al fin su fortísimo natural venció á su gran desgracia, y mejorado un tanto, pudo irse, inválido de los combates, al seno tranquilo de sus campos. Una litera y los hombros de sus compañeros de armas sirviéronle para trasladarse de la ciudad al valle, donde le acogió su casa solariega, y en la casa solariega una humilde celda, testigo fiel de sus primeros pensamientos religiosos y de sus primeros planes monásticos.

CAPITULO III

LAS NUEVAS ÓRDENES MONÁSTICAS

Mientras la vida de Ignacio se transformaba de tal suerte, la revolucion religiosa recorria y dominaba el mundo. Por aquellos mismos años de sus penas y de sus vigiliias, Alberto de Brandeburgo, gran maestre de la orden Teutónica, verdadera caballería pontificia, desacataba tristemente al Papa su jefe, rompía, ya setenton, su voto de castidad monástica, y fundaba el ducado hereditario de Prusia, verdadero principio y raíz del imperio protestante que llena hoy con su autoridad y con su fuerza todo el territorio de Alemania. Cuando Ignacio iba, desde Pamplona, en hombros de sus compañeros, al solar vascongado, la revolucion germánica, ya exagerada por los anabaptistas, llegaba necesariamente al período de madurez, que traen consigo siempre los grandes desengaños anejos á todas las innovaciones. Por aquellos dias mismos, la voz de Zuinglio conmovió las montañas de Suiza y derribó las iglesias católicas. En unos cuantos años la idea nueva recorrió desde Sevilla y Valladolid á los mares islandeses y finlandeses, irradiada por el centro europeo y difundida por la unidad misma del imperio romano y católico. Ya se hallaba establecida y arraigada entonces en los sitios mismos en que hoy se presenta organizada y viva. Los pueblos que no habian reconocido la nueva idea oficialmente, acariciábanla en secreto. Si en Alemania quedaba una décima parte de la poblacion en el Catolicismo, por lo contrario, en Austria quedaba una tercera, dividiéndose las otras dos en las varias sectas protestantes. Las universidades católicas enseñaban la nueva fe, sino á las claras, en símbolos transparentes; y los maestros, en su mayor